

enemigo, pues efectivamente era un reloj de marca desconocida y además varias veces lo había tenido que adelantar esa misma semana al comprobar la hora con el parte hablado de Radio Nacional. Aunque no era verdad que lo hubiera conseguido a cambio de las fundas del chocolate, ya que se trataba de su regalo de comunión de hacía algunos años.

Julio, con un trapo viejo de colores irreconocibles y un palo que también recogió del basurero, confeccionó algo parecido a una bandera, la cual plantó en medio de la barricada.

Cuando ya parecía que ambos bandos habían preparado sus barreras defensivas y se encontraban en posición de combate, se oyó la voz chillona de Viriato hacia el bando adversario para advertir del comienzo de la contienda. Y tras un breve silencio se pudo escuchar su grito «¡Al ataque!» dirigido a los suyos, tras lo cual salieron todos de detrás del parapeto para lanzar sus proyectiles, disponiendo así de un mayor campo de maniobra. Además de Viriato, los que apremiaban a seguir lanzando con más intensidad a los combatientes del otro lado eran los instituidos como sus lugartenientes: Vicente el Chato y el Churrero.

Los troncos silbaban por encima de sus cabezas, en tanto que las “bombas” en forma de terrones hacían un ruido seco y hueco al impactar contra el blindaje del parapeto.

Cacu se había fabricado un escudo con parte del tablero de una vieja mesa recogido del vertedero y unas cuerdas con el que alardeaba delante del parapeto parando y equivando los troncos lanzados por el enemigo.

Muchos de los troncos llegaban muy desviados de su objetivo, por lo que una parte de ellos caía directamente al fondo del barranco que formaba el arroyo o chocaban contra los olivos más cercanos al flanco derecho, saturando aún más el ambiente con el olor peculiar que exhalaban los tallos del tabaco al quebrarse en su impacto.

Julían había dispuesto que aguantaran el primer embate para a continuación empezar todos a disparar a discreción. Y así lo hicieron cuando pareció amainar la impetuosa acometida y, con ello, la disminución de los proyectiles lanzados por el enemigo.

Cacu era de los que más destacaban por su fina puntería, haciendo retroceder con sus aciertos a todo

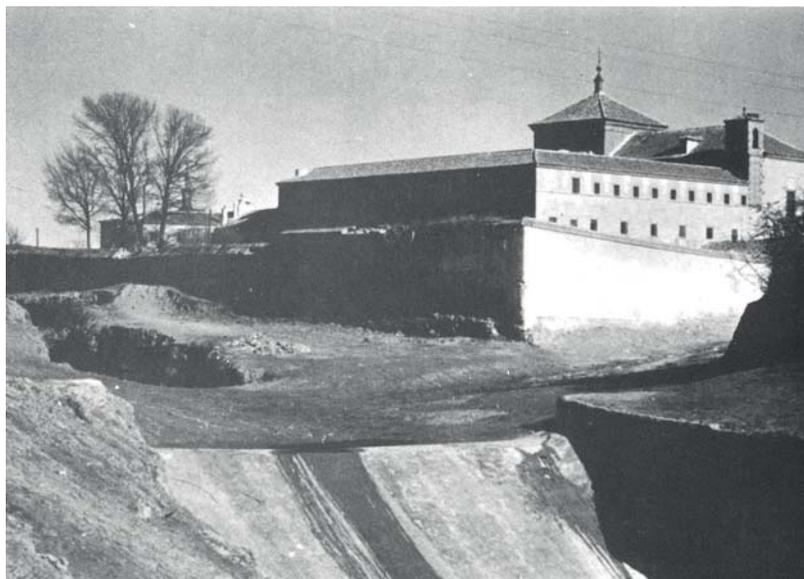
el grupete que intentaba amedrantarlos con un continuo bombardeo de terrones, chafándoles así en varias ocasiones su intento de adelantar posiciones

Bernardo salió de la barrera protectora para recoger los troncos lanzados por el enemigo que se habían quedado a mitad de camino o habían sido rechazado por la frágil barricada. En una de sus arriesgadas salidas un proyectil le dio en la espalda con tal fuerza que le hizo tambalearse, estando a punto de caer rodilla en tierra, pero pudo vencer la dificultad y llegar con la carga hasta el refugio que suponía el parapeto.

El flanco derecho, por los continuos impactos de los troncos estaba casi deshecho de todo, por lo que Cacu intentó repararlo de algún modo colocando su rudimentario escudo, o lo que quedaba de él.

Cuando ya parecía haberse agotado la munición en forma de troncos de tabaco, se empezó a intensificar el lanzamiento de “bombas-terrónes”, por lo que se hacía necesario traer este material desde el olivar.

Pedrín propuso que entre tres formaran una cadena humana para transportar la munición, lo cual sería más rápido y menos peligroso, ya que no habría que estar expuesto tanto tiempo a los lanzadores contrarios. Cosa que hicieron con toda prontitud Bernardo, Pablo y él.



- Cuidado al coger los terrones, que aquí suele haber muchos alacranes - advirtió Pablo. Eso hizo que se mostrara más desconfiado y prudente a la hora de elegir la munición. Tanto fue así, que al coger uno de aquellos conglomerados de tierra y sentir un fuerte pinchazo en un dedo, lo soltó con gran sobresalto, creyendo haber sido víctima

de la picadura de uno de esos peligrosos arácnidos, aunque pronto cambió su gesto de preocupación al comprobar que se trataba del leve pinchazo de un abrojo, que aún tenía ligeramente clavado en la yema del dedo anular.

Se llevaba ya casi una hora de combate y la victoria parecía no decidirse claramente por ninguno de los bandos. Unos y otros en repetidas ocasiones se vieron obligados a replegarse hasta su bastión defensivo ante las arremetidas alternativas.

En un desafortunado movimiento, cuando salía al encuentro de Bernardo para ayudarlo con los enormes mazacotes con los que venía cargado, fue alcanzado por un terrón justo por encima de la ceja derecha.